Fragmentos de

Tercera Intempestiva: Schopenhauer como educador

Nietzsche, F.

Prólogo del editor

“En (…) Ecce Homo (…) (señala Nietzsche que:) En Schopenhauer como educador está escrita mi historia más íntima, mi devenir.” (p.9) Es precisamente por ello que el editor agrega lo siguiente: “Nietzsche advertía en Schopenhauer a un verdadero educador, pues su talante ante la verdad, frente a la vida, podía servir de modelo a imitar por el discípulo.” (p.15)

“Tampoco imperaba el deseo de desarrollar las virtudes personales de las que se enorgullecieron los antiguos; tampoco pretendía ya nadie educarse para comprender la vida y para ser más feliz conociéndose y siguiendo los impulsos de la propia personalidad; allí solo imperaba el ansia de acceder cuanto antes al ejercicio de una profesión.” (p.17)

“Nietzsche no desesperaba de la pedagogía propiamente dicha, sino de los métodos mediante los que se practicaba y de las personas que los impartían. (…) Su vocación de pedagogo era inquebrantable, lo mismo que la intención de enseñar algo útil desde el punto de vista práctico-existencial y espiritual, y no solo mera arqueología o recopilaciones de datos exentas de interpretación y vacías de reflexión.” (p.17)

“*Schopenhauer como educador* nace de estos supuestos nietzscheanos acerca del genio como promotor y patrón de medida de la cultura, además del talante combativo del autor dirigido contra el espíritu de su tiempo, al que consideraba enemigo del genio (…) proponía prácticamente como única tarea de la humanidad el engendramiento del genio.” (p.24)

“La educación, afirmaba Nietzsche, debería preocuparse ante todo de liberar en cada individuo las energías que posibilitasen el desarrollo de su propia perfección, de su genio. Según este propósito, los educadores deberían ante todo ser liberadores. Los filósofos en cuanto educadores a su vez, tendrán que ser, además, los mayores amigos de la vida, no sus despreciadores, sino sus afirmadores.” (pp. 24-25)

“Como todo verdadero educador, Schopenhauer instruye al discípulo para que llegue a ser lo que es. (…) Propone como norma la trascendencia y la transvaloración de la existencia y lo establecido. Al hacer que el discípulo piense por sí mismo, puede optar por lo pensado y lo sentido, y no sólo por lo que simplemente ha recibido: he aquí lo revolucionario de la teoría nietzscheana de la educación.” (p.26)

“Educar a contracorriente sería su cometido, enseñar a despreciar lo que una a la masa con la masa: el Reich, Bismarck, el éxito, la cultura, el cristianismo.” (p.27)

**Fragmentos de la tercera intempestiva**

“El hombre que no quiera pertenecer a la masa únicamente necesita (…) seguir su propia consciencia que le grita <sé tú mismo.>” (p.36), y en este sentido: “Todo hombre sabe con certeza que sólo se halla en el mundo una vez, como un *unicum*, y que ningún otro azar, por insólito que sea, podrá combinar por segunda vez una multiplicidad tan diversa y obtener con ella la misma unidad que él es. (…) todo hombre es un milagro irrepetible.” (p.36); Es precisamente por este horizonte que: “Tenemos que responder ante nosotros mismos de nuestra existencia” (p.38), ya que: “Nadie puede construirte el puente sobre el que precisamente tú tienes que cruzar el río de la vida.” (p.39)

“Tus verdaderos educadores y formadores te revelan cuál es el auténtico sentido originario y la materia fundamental de tu ser.” (p.40);

“Tus educadores no pueden ser otra cosa que tus liberadores.” (p. 41)

“Existen otros medios para encontrarse a sí mismo (…) pero no conozco ninguno mejor que el de recordar a nuestros propios educadores y formadores. Y he aquí porqué voy a recordar hoy a un educador y a un severo maestro del que puedo sentirme orgulloso: Arthur Schopenhauer.” (p.41)

“Dos máximas de la educación que están en boga en nuestro tiempo. Una de ellas exige que el educador reconozca enseguida la potencia característica de sus discípulos y que luego dirija toda su energía y valor y todo rayo de sol en esa dirección. (…) La otra máxima, en cambio, exige que el educador aliente todas las potencias existentes, que las cuide, y que procure que se desarrollen armónica y conjuntamente.” (p. 44)

“Tal vez, una de ellas diga solamente <el hombre debe tener un centro>, y la otra: <más también ha de tener una periferia>. Aquel filósofo educador con el que yo soñaba no solo habría descubierto la fuerza central, sino que también sabría evitar que actuase de forma destructiva sobre las otras fuerzas.” (p.44)

“¡Qué guías, qué instituciones en comparación con la difícil tarea de educar a un hombre para que llegue a ser hombre!” (p.45)

“Los eruditos alemanes se aplican a su tarea científica (…) piensan mucho más en la ciencia que en la humanidad.” (p. 46

“Un erudito de hoy tiene que estar deformado y desequilibrado: porque debe educarlo la ciencia, un *abstractum* deshumanizado.” (p.46)

“El cristianismo, a través de la altura de sus ideales, superó a los antiguos sistemas de moral y suplantó de tal modo la naturalidad que reinaba uniformemente en todos ellos, que consiguió que nos volviésemos sordos y hasta sintiéramos repugnancia por dicha naturalidad.” (p.47)

“Enseñarle de nuevo a ser sencillo y honrado tanto en el pensamiento como en la vida.” (p.48)

“Schopenhauer no pretende nunca asombrar, porque escribe para sí, y nadie se deja engañar voluntariamente, y menos un filósofo que incluso llega a establecer como ley: <no engañes a nadie ni siquiera a ti mismo>” (p.50)

“Schopenhauer sabe expresar lo profundo con sencillez, lo conmovedor sin retórica, lo específicamente científico, sin pedantería.” (p.51)

“es honesto también como escritor.” (p.52), pero, además: “Schopenhauer tiene (…) una segunda cualidad aparte de esa otra de su honradez: una genuina serenidad que nos sosiega.” (p.52)

“de la honestidad de Schopenhauer, de su serenidad y de su constancia.” (p.54). Y es justamente por este ejemplo de vida que Nietzsche refiere que cuando: “encontré a Schopenhauer tuve el presentimiento de haber hallado en él al educador y al filósofo que buscaba desde hacía tanto tiempo.” (p.55)

“Estimo tanto más a un filósofo cuantas más posibilidades tiene de dar ejemplo. (…) El ejemplo tiene que venir de la vida tangible, y no simplemente del de los libros.” (p.57)

“Schopenhauer dirige pocos cumplidos a las castas académicas, se separa; aspira a la independencia del estado y la sociedad.” (p.58)

“Al genio le es lícito no temer entrar en la más hostil de las contradicciones con las formas y ordenanzas establecidas cuando desea sacar a la luz el orden y la verdad superior que residen en su interior.” (p.58) Por esta razón, esta es: “La forma en que debe ser interpretada la filosofía de Schopenhauer: individualmente, solo desde lo singular hacia sí mismo, a fin de adquirir consciencia de la propia miseria y necesidad, de la propia limitación.” (p.67)

Este tipo de independencia es el que debe fomentarse, y no por el contrario: “Eruditos y de quienes se denominan personas cultas (…) no favorecen, sino que impiden el desarrollo de una cultura y la procreación del genio, lo cuál es el propósito de toda cultura.” (p.68); en este mismo sentido, Nietzsche agrega: “Cada hombre porta en su interior, como núcleo de su ser, una unicidad productiva; y, si llega a hacerse consciente de esta unicidad, se difunde a su alrededor un extraño resplandor, el resplandor de lo extraordinario.” (p.71)

“Todo gran hombre es considerado mayoritariamente como verdadero hijo de su tiempo (…) sufre los achaques que acucian a éste más intensa y sensiblemente que al resto de los hombres pequeños (…) en ella combate contra aquello que le impide ser grande, lo que para él no significa sino ser libre y sí mismo.” (p.74), ante lo cual, debemos plantearnos a nosotros mismos un ejemplo, por medio del cual, nos quede más claro: “Cómo todos nosotros podemos educarnos por mediación de Schopenhauer en contra de nuestro tiempo.” (p.77)

“Es una vergüenza y una infamia que una adulación tan repugnante e idólatra al servicio de ésta época pueda ser expresada y repetida por personas a las que se considera inteligentes y honorables.” (p.78); Muy por el contrario: “El hombre culto ha degenerado hasta convertirse en el mayor enemigo de la cultura (…) Sobre nuestras cabezas se cierne un día de invierno mientras habitamos bajo las altas montañas, peligrosamente y en la indigencia.” (p.81)

“Ante la proximidad de estos peligros (…) ¿quién dedicará ahora su servicio de centinela y de caballero a la humanidad? (…) ¿quién erigirá la imagen del hombre mientras todos los demás sólo sienten en su interior el gusano del egoísmo y el miedo cerval?” (p.84); Así, se presenta al humano schopenhaueriano: “Conducido a través de la vida, oprimida en todas partes, como un rebelde y un libertador insaciable (…) como el genio verdadero – religioso y demoniaco- de la revolución.” (p.86)

“Hablando claro: es necesario que alguna vez nos <enojemos del todo> para que las cosas vayan mejor. Y aquí es donde la imagen del hombre de Schopenhauer debe estimularnos.” (p.87)

“El hombre schopenhaueriano asume sobre sí el dolor voluntario de la veracidad.” (p.88)

“Este hombre schopenhaueriano (…) es limpio y puro con respecto a sí mismo y a su bien personal y de una admirable serenidad en su conocimiento (…) alejado de la fría y despreciadora neutralidad del llamado hombre de ciencia (…) tiene que ser enemigo incluso de los seres que ama; de las instituciones en cuyo seno se formó.” (p.89).

“Las palabras que un día pronunció Schopenhauer (…), gran educador: <Una vida feliz es imposible; a lo máximo que puede aspirar el hombre es a una vida heroica. (…) Su memoria permanece y se celebra como al de un héroe; su voluntad, mortificada por toda una vida de fatigas y pesares de malos resultados y de la ingratitud del mundo, se disuelve en el nirvana>” (p.90; Schopenahuer citado en Nietzsche, *Parerga y Paralipomena* II, p.267)

“Schopenhauer como educador (…) partiendo de este ideal puede obtenerse una nueva esfera de deberes (…) ese ideal educa.” (p.95) y para ello hace falta abstraer un poco más el modelo que eleva lo humano a la altura de lo sobrehumano, de manera que: “Tampoco logramos con nuestra propia fuerza este emerger y despertar durante un instante pasajero; tenemos que ser izados; ahora bien, ¿quiénes son esos que nos izan? Son esos hombres verdaderos, esos no-más-animales, los filósofos, artistas y santos.” (p.101), de forma que, si estos modelos nos encaminan al estímulo de lo genial y extraordinario, debemos tener en cuenta que: “El pensamiento fundamental de la cultura (…) impone a cada uno de nosotros una sola tarea: el fomento del engendramiento del filósofo, del artista y del santo, dentro y fuera de nosotros, y, de este modo, que trabajemos en pro de la perfección de la naturaleza.” (p.103), y por ello, en esa misma línea: “La *causa finalis* del mundo y del quehacer humano es el arte dramático-poético.” (p.104), lo cual encuentra un correlato en su exaltación de lo dionisiaco por encima de lo apolíneo.

“En nuestro estado habitual no podemos, desde luego, contribuir con nada al engendramiento del hombre liberador y por eso nos aborrecemos a nosotros mismos en este estado, un aborrecimiento que es la raíz de ese pesimismo que Schopenhauer tuvo que enseñar de nuevo a nuestra época pero que es tan antiguo como lo es el ansia de cultura.” (p.104)

“La humanidad debe trabajar constantemente para crear grandes hombres singulares; esta y no otra es su tarea.” (p.107), para lo cual hace falta tener en cuenta que: “Fantasías sobre los fines de la sociedad, inculcadas con la educación, se oponen a ello con tenaz resistencia.” (p.107), y en este horizonte, es que la humanidad: “Tiene que buscar y producir tales condiciones favorables bajo las que puedan nacer tales hombres superiores y liberadores.” (p.108), lo cual representa, en suma, que: “Ese fin último debe consistir en el bien de todos o <la mayoría>.” (p.108), y por ello, el sentido de una educación sincera supone que: “La cultura (…) exige (…) acción: (…) el engendramiento del genio.” (p.110), para lo cual ha de tenerse en cuenta una realidad que va en sentido opuesto, en el sentido en que: “Existe una especie de cultura prostituida y de servicio.” (p.111), asunto, y crítica aguda, que pareciera, si es posible, ser más vigente que nunca, en nuestro propio tiempo.

“De esta parte proviene ese (…) razonamiento sofistico (…): <A más cultura y educación posibles, más necesidades posibles; de ahí más producción, de ahí mayor ganancia y felicidad.> Sus partidarios definirían la educación como el conocimiento (…) para ganar dinero con facilidad. Formar el mayor número posible de hombres corrientes en el sentido en que se aplica corriente a una moneda.” (p.112), y es precisamente por esta razón que: “Desde esta perspectiva, se odia toda educación que engendre solitarios, que se proponga metas situadas más allá del dinero y la propiedad, y que requiera mucho más tiempo.” (p. 112), y así, de manera muy actual, se buscaría: “Según la moral vigente (…) una instrucción rápida para que cuanto antes pueda llegarse a ser alguien que gana dinero.” (p.113)

“La manía actual de la bella forma está relacionada con el desdeñoso interior del hombre actual: aquella debe ocultar, éste debe ser encubierto. Así, pues, ser culto y educado no significa otra cosa que impedir que pueda percibirse lo miserable y malvado que es uno.” (p.118)

“El verdadero pensador no desea otra cosa que tiempo de ocio.” (p.124)

“De los esfuerzos de los educadores académicos de hoy, el único producto que se logra es el erudito o el funcionario de estado.” (p.129), y es por esta razón puntual que señala Nietzsche lo siguiente: “Confío en que haya algunos que comprendan lo que quiere decir al exponer el destino de Schopenhauer y para qué, tal como yo lo veo, debe educar Schopenhauer en tanto que educador.” (p.132).

“¿Qué obstáculos tendrán que eliminarse (…) para que de nuevo el filósofo eduque filósofos?” (p.133), de manera que seamos conscientes de: “La deformidad de la naturaleza del hombre actual; por eso, todos los grandes hombres en periodo de crecimiento tienen que emplear una energía increíble con el único fin de salvarse a sí mismos de esa deformidad. (p.137), ya que, como se ha visto, con respecto a los futuros ciudadanos que sean educados: “El mundo en que hoy ingresan está envuelto en patrañas (…) como progreso, educación general, nacional, estado moderno, lucha por la cultura.” (p.137)

“No venerar un gobierno, sino la verdad.” (p.139);

“Lo que es un filósofo: a saber, no solo un gran pensador, sino también un hombre verdadero.” (p.141), y es precisamente por ello que se rescata el espíritu de un gran educador, como lo es Schopenhauer, ya que es: “Su máxima: consagrar la vida a la verdad.” (p.141)

“Algunas condiciones bajo las cuales, a pesar de nocivas influencias contrarias, puede al menos nacer el genio filosófico en nuestro tiempo: libre virilidad del carácter temprano, conocimiento de los hombres, nada de educación erudita, nada de apego patriótico, ninguna necesidad de ganarse el pan, ninguna relación con el estado; en una palabra, libertad y sólo libertad.” (p.145), para lo cual, hace falta considerar que: “En lo que respecta a los grandes filósofos por naturaleza, nada se opone más a su engendramiento y desarrollo que los mezquinos filósofos por cuenta del estado.” (p.147), lo cual tiene como un correlato complementario el hecho que: “El estado, en general, tiene miedo de la filosofía.” (p.149)

Es en el contexto de la educación deformada de su época que se es lícito reclamar: “¡qué desolación! ¡qué embrutecimiento! ¡qué burla frente a una educación para la filosofía! De hecho, hay que admitir que no se educa para ella sino para un examen de filosofía cuyo único resultado será, como se sabe y es habitual, que el examinado, ¡ay!, demasiado examinado, confiera exhalando un suspiro de alivio: <Gracias a dios que no soy filósofo, sino cristiano y ciudadano de mi estado.>” (p.153);

“Al estado nunca le interesa la verdad a secas, sino sólo la verdad que le es útil.” (p.159)

“La esencia de aquella (la filosofía) reside en no someterse a ninguna servidumbre ni aceptar ningún sueldo.” (p.159

“En nuestra época, la dignidad de la filosofía está pisoteada: parece como si ella misma se hubiera transformado en algo ridículo e indiferente (…) sus verdaderos amigos tienen la obligación de presentar testimonio en contra de este equívoco (…) cosa (que) demostró Schopenhauer.” (p.165)